

# *Hace mil novecientos años*

Nave a la vista «Navim ad litus», gritaba la voz del vigía que, en la desembocadura del Betis (Guadalquivir), atisbaba en lontananza hacia Oriente. Y la nave oneraria de porte oriental, que había hecho escala en Syracuse (Sicilia) y en Hippo o bien en Rudasir (Melilla), según fueran los vientos, entró majestuosa en las aguas del Betis, que comenzó a remontar. Era tal vez la nave fletada por uno de aquellos gaditanos Balbos, que, de generación en generación, eran grandes mercaderes y a la vez grandes servidores de los generales de la República y luego de los del Imperio; o bien era una nave que por primera vez venía hacia el «Occidente de la tierra», trayendo las especias y perfumes, las joyas de oriente para los ricos romanos asentados en la Bética, donde surgió la segunda tierra latina e itálica... Lo ignoramos. Cierto que la nave venía de Oriente y que no había hecho escala en Italia, ni había remontado el Mar Tirreno.

Y la nave fué remontando el Betis, hasta llegar cerca de Itálica. Más lejos, ya pasado, quedó el territorio, que más tarde sería Hispalis (Sevilla). Pero ahora era Itálica la flor y nata de la Bética, cuna de grandes hispano-romanos, de donde pronto saldrían literatos y emperadores, y entre estos el que «mayor hizo el Imperio».

La nave quedó fijada y amarrada en el puerto. Los viaje-

ros comenzaron a descender. No eran muchos. Las especias, las mercaderías eran las que interesaban a los armadores. Pero también llegaban hombres raros, tipos y caras hasta entonces no vistos en las tierras hispanas. Fué descargada la nave. Inmediatamente comenzó de nuevo la carga. En la panza de la nave se iban colocando ánforas ceradas, con signos rojizos, indicadores de cantidad y calidad de óleo y vino, que era preciso enviar a Ostia (Roma) con la nave primera que hiciera rumbo a Oriente. Eran las órdenes que había en Itálica, urgentes, desde Roma.

El Judío Y mientras se realizaba la carga y la desconocido carga, un conocedor de naves de pescar, pues tal fuera antiguamente su oficio, antiguo pescador, judío de cerca de Tiberiades, que había descendido en medio de la indiferencia o de la insaciada curiosidad de los romanos que le dejaron tomar tierra y de los hispano-romanos que le toleraron, tomaba el camino que se le antojó primero, en realidad el que Dios le mostraba.

Algo habló con algunos en Itálica. No le entendían. El «espíritu» le llebava más lejos. Era preciso caminar. Se le abrían las vías imperiales: Dios le dirigiría por ellas. Era el «Hijo del Trueno» que se ponía en contacto con el «pueblo» que sería todo «luz, ardor y entusiasmo» hasta el morir por la nueva religión, de que él hablaba, y que se empeñaban en no entender. Aún no había llegado el momento de la Gracia.

**Por las vías del Imperio** Aquel judío desconocido respondía por el nombre de Jacob. Pasó por Itálica, despreciado o incomprendido durante los días de descanso que allí hubo de tomarse, y se dirigió hacia Mérida, llegó a Braga y ascendiendo toda la Lusitania visitó Iría, pasó por Lucus (Lugo), Astúrica (Astorga), Pallan-

tia, Clunia (la nueva Numancia), entró en el valle del Ebro—a donde sin cesar le conducía el «espíritu»—, y oyó por fin hablar de Caesaraugusta (Zaragoza).

Su viaje fué tan rápido como bien aprovechado. Observó, estudió y comprendió bien a los hispanos; en algunos sitios, casi en todos, logró formar pronto algunos núcleos que se apartaban en determinados momentos o días de los demás ciudadanos. Les predicaba nuevas ideas, jamás escuchadas antes. Anunciaba la luz y la salvación que de Oriente esperaban. No venía a mercadear como los fenicios y griegos, ni a imperar y explotar como los romanos. Y por todas partes, pero sobre todo en Numancia, vió Jacob cómo aquellos hombres sabían hacer las cosas, cómo sabían vivir, que les preocupaba—siempre insatisfechos—y cómo sabían morir; pero no sabían ni cómo vivir bien, ni cómo ni para quién debían morir.

Jacob y Paulo Jacob les predicaba un nuevo Dios, el único verdadero, el desconocido, el que era por su muerte, escándalo para los judíos, estulticia para las naciones. Tal sería, la definitiva fórmula del otro predicador de Hispania, del Apóstol por excelencia, de Paulo, que unos años más tarde llegó a la Tarraconense, a cuya ciudad imperial se había dirigido con una nave que hizo directamente el viaje desde Ostia Tiberina. Luego Paulo se corrió hacia la Bética y allí ordenó obispos, como Jacob en alguna de las «civitates» por donde pasó.

Pues Santiago—que es el nombre español del apóstol y santo Jacob (Sant Yago)—, el «Hijo del Trueno», predicaba a los españoles un Crucificado, Dios e Hijo de Dios—dilema o conjunción difícil, luchante además con la «tolerancia» del panteón helénico—romano—oriental—, nacido Hombre de una Virgen, para dar gloria a Dios y traer la paz a los hombres de buena voluntad. Por dondequiera que pasaba, hacía discípulos, españoles convertidos a la nueva fe.

De Clunia, ladeando el ingente Caunus, había pasado **por** Turiaso y en Tudela se asomó al Ebro.

Pudo tomar tan gran vía fluvial, pues las embarcaciones, con maderas, descendían desde Varia (Logroño) y decían que admitían hombres hasta Caesaraugusta.

Prefirió la vía de tierra, visitando Manlia y luego Alabona. Su último descanso fué «Ad Octavum lapidem» (Utebo). Desde allí veíase ya el lugar de Cassaraugusta, ciudad y colonia inmune que asentó con nuevo orden Augusto, donde instaló a sus veteranos e hizo acampar sus legiones. A la salida de «Octavo» pronto encontró «stationes», avanzadas de la ciudad: en ellas había legionarios y algún oficial. Habló con ellos. No le entendían. Por fin le dejaron continuar. Allá verían con él los de la civitas, de la que, si era peligroso para el Imperio, difícilmente saldría....

**Jacob en** Difíciles los comienzos. Pero pronto la **Gra-**  
**Caesaraugusta** **cia condujo hacia** él algunos hombres, de  
buena voluntad, que no veían la «verdad»  
en lo que habían traído los romanos... Re-  
celos de autoridades; dificultades en la predicación. No mucho  
el fruto entre los que se acercaban. Algunos ya no volvían. Per-  
manecían otros fieles....

Y una noche, junto al Ebro, en el rigor del invierno, cuando la niebla se extendía por la ciudad y el valle, en la callada oscuridad de las calendas de enero del año III del Imperio y III consulado de Gaio Calígula (Año 40 después de nacer Cristo Jesús en Belén, de la Judea), entre ángeles y celestes fulgores, se le apareció la Virgen, la Madre de Dios, la Madre de Jesús, la que con Juan había marchado, María....

**María sobre** La Virgen apareció sobre una Columna. **Le**  
**la Columna** habló. Bendijo su apostolado. Le consoló en  
su labor, le prometió exuberantes frutos en  
Hispania. La fe duraría hasta el fin de los si-  
glos. La Virgen hizo así con España lo que no hizo con otra

nación y gente. Le dejó el Pilar (la Columna) como símbolo de fe, como garantía de su promesa. Y el Apóstol comenzó a edificar no una edícula a la moda romana, sino un templo pequeño—no más hacía falta entonces—, y al día siguiente el Pilar, la Columna, se tornaba ara, en que el Apóstol ofrecía el sacrificio nuevo y eterno, de la que se comulgaron los primitivos cristianos caesaraugustanos en Cena Eucarística. Desde entonces surge, filial e imperecedera, la devoción a la Virgen. La Fe se alza, valiente e inmovible como el Pilar, sobre el que la Virgen apareció a Santiago. Sucedió esto a las orillas del Ebro, cabe los muros mismos de la ciudad, mientras los centinelas guardaban la Puerta de la Ciudad... El Ebro oyó la voz de la Virgen: el eco de sus aguas conserva para siempre el dulce rumor de sus palabras: «La Fe en España no faltará...» Zaragoza, Columna de la Virgen, relicario de la Fe...

Mientras tanto la romana Zaragoza, la pagana, dormía... mientras comenzaba a perder su imperio en las ideas, luego totalmente... Allá cerca el Pretorio: más cerca aún la Puerta romana, el puente sobre el Ebro....

**Cristo reina** Ya los españoles sabían para quién vivir y  
**doquier** para quien morir, para Cristo.  
 Pronto Cristo, adueñándose de todos los  
 hispanos: Cristo habita en las plazas: Cristo  
 sólo en los templos: Cristo en las casas: Cristo doquier. Ya  
 reina Cristo en España.

PASCUAL GALINDO ROMEO